

A un incansable mecenas tan invisible como real

PRÓLOGO
VIGGO MORTENSEN

GABI MARTÍNEZ
JORDI SERRALLONGA

Animales invisibles

MITO, VIDA Y EXTINCIÓN

ILUSTRACIONES
JOANA SANTAMANS

PRIMERA EDICIÓN: Abril de 2021

IDEA ORIGINAL y TEXTOS: Gabi Martínez y Jordi Serrallonga

ILUSTRACIONES: Joana Santamans

PRÓLOGO: Viggo Mortensen

DISEÑO: Blou and Rooi

© De los textos: Gabi Martínez y Jordi Serrallonga

© De las ilustraciones: Joana Santamans

© De esta edición: Nórdica Libros y Capitán Swing Libros

www.nordicalibros.com

www.capitanswinglibros.com

Impreso en España / *Printed in Spain*

Edelvives

ISBN: 978-84-18451-54-6

Depósito Legal: M-6111-2021

IBIC: WTL

Thema: WTL

Imágenes separación capítulos: The British Library

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

PRÓLOGO
VIGGO MORTENSEN

Viajero

Animales invisibles, de la mano del escritor y viajero Gabi Martínez, y del arqueólogo, naturalista y explorador Jordi Serrallonga, con las ilustraciones de la artista Joana Santamans, describe tanto a animales extintos a los cuales ya no podemos observar, como a aquellos animales vivos que no vemos o que son muy difíciles de avistar debido a su forma de vida y la acción perjudicial de nosotros, los seres humanos, sobre ellos y sus ecosistemas.

Este libro expone conceptos y datos académicos relacionados con las ciencias naturales con un lenguaje asequible para el lector que no sea especialista. Tiene una vertiente naturalista y literaria, siendo un catálogo de lo que hubo y pudo haber, de lo que pueda existir y desearíamos descubrir.

Yo no soy científico, aunque desde mi infancia siempre me han interesado el mundo natural y la asombrosa diversidad de flora y fauna en nuestro planeta. Con los textos y las hermosas ilustraciones de este libro he pasado muy buenos ratos aprendiendo sobre lo que se puede constatar, y soñando con lo que se puede imaginar. Me ha hecho pensar en lo mucho que quiero saber y deseo ver, y al mismo tiempo aceptar que nunca podré ni necesito verlo todo. En el capítulo dedicado al

pájaro picozapato, un hombre que vive a las orillas del lago Alberto en Uganda dice: «Existen muchas cosas que no he visto nunca, pero en las que creo. Sería muy tonto creer que el mundo solo es lo que yo veo». Los autores mismos escriben que «una ciencia sin imaginación es una ciencia sin genio».

En 1955 se publicó un libro llamado *Tras la pista de animales desconocidos*, firmado por el zoólogo franco-belga Bernard Heuvelmans, a quien, junto al zoólogo Ivan T. Sanderson, se le atribuye el término criptozoología. Heuvelmans lo definió como «el estudio de los animales sobre cuya existencia solo poseemos evidencia circunstancial y testimonial, o bien evidencia material considerada insuficiente por la mayoría».

La palabra criptozoología viene del griego: *kryptos* «oculto», *zoon* «animal» y *logos* «estudio». O sea, el estudio de animales ocultos. Aunque Heuvelmans es considerado el padre de la disciplina, él mismo reconoce a Anthonie Cornelis Oudemans, quien en 1892 investigó el mito de la gran serpiente marina, como pionero en la materia. Desde la publicación del libro de Heuvelmans nos han llegado varios ensayos y libros vinculados

a la criptozoología. También existen muchas páginas de internet elaboradas por aficionados al tema. Aunque, en ocasiones excepcionales, la criptozoología siga cierta línea académica —satisfaciendo a su manera el interés público en relatos fantásticos que vienen alimentando la ciencia ficción desde los tiempos de Julio Verne— se puede decir que es una disciplina pseudocientífica: se centra exclusivamente en animales misteriosos o míticos que algunas personas creen, sin pruebas contundentes, que podrían existir.

Animales invisibles también describe a algunas criaturas que existen en el imaginario. Sin embargo, aunque contempla la importancia que las herencias y leyendas estrictamente mitológicas tienen para los seres humanos, su enfoque principal es científico. Los zoólogos descubren nuevas especies cada año, y presentan las pruebas de sus hallazgos, mientras los criptozoólogos nunca han comprobado la existencia de un solo «críptido».

La impresión que tengo de los criptozoólogos es que, por fascinantes que sean sus conjeturas, generalmente intentan utilizar ciertos descubrimientos de la zoología y la paleontología aleatoriamente, a veces mezclando datos inconexos,

juntando artificialmente los restos de diversos animales para crear las características de supuestos «críptidos», animales sin duda imposibles. Cuando hacen esto, descartando la investigación precisa y el método científico, se parecen al que trata de construir un puzle demasiado rápido, a la fuerza, juntando piezas que en realidad no encajan del todo bien. En cambio, los científicos rigurosos observan e intentan construir puzles con paciencia y a base de datos empíricos, dando por buena la colocación de una nueva pieza solo cuando encaja naturalmente, sin forzar.

Eso sí, para rastrear lo invisible es necesario imaginar lo que parece ser improbable, y si alguien busca con la mente abierta, como hacen Martínez y Serrallonga, algo encontrará. De este libro he aprendido, por ejemplo, que Michel Peissel buscó sin éxito al legendario simio gigante bípedo llamado Yeti en el Tíbet, pero su premio inesperado fue el descubrimiento de una nueva raza de caballos —apodados «caballos del Yeti»— en el antiguo reino de Nangchieng. A mi entender, soñar no impide ni el conocimiento ni la especulación informada. Al contrario: soñar es imprescindible para el buen explorador y académico.

La lectura de *Animales invisibles* es muy entretenida, pero también nos sirve de aviso —sin un ápice de panfletismo— sobre las consecuencias de nuestra continuada intrusión en el mundo natural. Nos enseña que es importante aceptar que algunos animales tienen muy buenos motivos para esconderse de nosotros. A propósito de las diferentes especies y subespecies de gorila que están en grave peligro de extinción, pero que aún pueblan la foresta de África, Martínez y Serrallonga dicen: «Su respetuosa mirada, sean de costa, río, llanura o montaña, jamás será directa, siempre de reojo. Aprendamos a observarlos, no a destruirlos». Como cuentan los autores, las alteraciones del medio natural por los seres humanos desde el Neolítico han causado la desaparición de muchísimos animales.

Los exploradores científicos nos ayudan a visualizar, por medio del estudio de fósiles y otras herramientas de las ciencias naturales, seres singulares que nunca podremos observar. Con *Animales invisibles* acompañamos a los autores a los rincones más remotos y exóticos del planeta —desde la absoluta oscuridad de los mares más profundos al techo del mundo en el Himalaya, desde selvas impenetrables a la vastedad de desiertos inhóspitos—.

Lo que me llevo de este libro, sobre todo, es la importancia del viaje. Llegar al sitio soñado o por fin hallar un animal que siempre ha sido invisible para nosotros es lo de menos. El ejercicio de buscar sin garantías de encontrar lo que deseamos es un fin valioso en sí mismo.

La facilidad con la que nos transmiten su pasión por explorar y aprender de los seres con los que convivimos en este planeta, y sobre los lugares recónditos que habitan, o podrían habitar, puede servirnos de inspiración para vivir de una manera más compasiva y racional, respetando el precario equilibrio de los espacios naturales que compartimos con otros animales. Animales que desean, como nosotros, la libertad para aprovechar a su manera el breve tiempo que les es dado. Para prosperar, convivir, anidar, procrear, alimentar, migrar, y desaparecer cuando y como necesiten. Como bien dijo John C. Sawhill, antiguo presidente de The Nature Conservancy: «Una sociedad se define no solo por lo que crea, sino por lo que se niega a destruir».

ÍNDICE

EXTINCIÓN

Págs. 10-55

VIDA...

Págs. 56-117

MITO

Págs. 118-171

... MÁS VIDA

Págs. 172-237

Mapa

Págs. 238-239

Listado de animales invisibles

Pág. 240

Biografías

Págs. 241-244

Agradecimientos

Pág. 245

Fuentes gráficas

Pág. 247

EXTINCIÓN

Miles de animales que ya no están continúan habitando nuestro imaginario. Colmillos, pelos, huesos, leyendas... reviven constantemente para hablarnos de épocas en las que todo era —o nos parece que era— más grande.

Desde los mamuts enterrados en el permafrost siberiano a la gacela que recibe dos nombres en los antiguos dominios de la reina de Saba, su presencia todavía determina el carácter de los pueblos que los conocieron en vida.

La caza abusiva, los furtivos, la tala de árboles descontrolada, el cambio climático o la selección natural son algunos factores que explican la extinción de unas especies que, además de entusiasmar a paleontólogos y naturalistas, aún condicionan el presente de millones de personas. Desde la contagiosa devoción de Steven Spielberg por ciertos colosos del mar al enigmático «fantasma del bosque», aquí se reúnen relatos perdurables sobre los últimos días del Solitario Jorge —un galápago gigante— o sobre el moa, el ave sin alas más grande que haya habitado en la Tierra.

AVENTURARSE EN LA TUNDRA, LAS ESTEPAS
HERBOSAS O LOS BOSQUES DE LA SIBERIA
CONGELADA ES AVANZAR SOBRE MANADAS DE
MAMUTS QUE PUEDEN EMERGER FRENTE A LA
PALA DE CUALQUIER BULDÓCER

Mamut lanudo

Mammuthus primigenius
(Blumenbach, 1799)

Incrustados en el permafrost siberiano hay montones de gigantes lanudos. Tienen pelos de casi un metro de largo que recuerdan a los del buey almizclero, y sinuosos colmillos que a veces trazan arabescos. «Ratones del tamaño de bueyes», dijo el zar Pedro I el Grande cuando vio a sus primeros ejemplares, porque no fue hasta un siglo y tres años después de su muerte que a aquel lanudo se le llamó mamut (*Mammuthus primigenius*, para ser exactos).

El zar vio a los superratones recién descongelados, por supuesto, porque hace milenios que es una especie que no vive, aunque está, y no solo en el recuerdo. Siberia, y la región de Yakutia en particular, es una nevera de fauna prehistórica que mantiene a los cadáveres impecables: detalle decisivo para entender por qué la extinción del mamut es la mejor estudiada del mundo.

Hoy sabemos que la extinción masiva del Cuaternario acabó con la megafauna hace entre 14.000 y 11.500 años, aunque algunos mamuts aguantaron la debacle hasta el 1700 a. C., cuando sucumbieron los últimos en la isla de Wrangel. Se baraja el cambio climático como causa de la extinción, pero la mayoría de los expertos conviene en que el motivo fue un ritmo de caza insostenible.

Cuando, ante los restos de uno de aquellos exóticos paquidermos, George Cuvier señaló que no era un elefante sino otro tipo de animal extinguido, la sociedad lo encajó mal. ¿Qué era eso de

extinguido? Se trataba de un concepto novedoso, porque por entonces aún se creía que los animales existentes eran solo los que estaban, descendientes de otros más o menos idénticos a los salvados por el arca de Noé. La propuesta de Cuvier es un hito que abrió las puertas a otro universo invisible.

Aventurarse en la tundra, las estepas herbosas o los bosques de la Siberia congelada es avanzar sobre manadas de mamuts que pueden emerger frente a la pala de cualquier bulldócer, como aquel que en 1977 descubrió los restos intocados —solo le faltaba la cola— de la pequeña Dima. Un pastor de renos dio aviso de otro gigante, y a Masha la encontraron en el río Yuribéi, que se está revelando como un gran centro de mamuts. Dima y Masha pueden visitarse en el Museo de Zoología de San Petersburgo, donde hay científicos que especulan con clonar al animal, porque por lo visto hay material genético conservado en las condiciones precisas.

¿Clonar o no clonar?

Mientras se plantea el debate, hay piratas que, con mayores y mejores medios que paleontólogos y arqueólogos, rastrean la tundra blandiendo taladros e incluso excavadoras en pos de pelo, piel y marfil.





UN AVE QUE, CON EL DECURSO DEL
TIEMPO, SE HA CONVERTIDO EN EL
ESTANDARTE DEL CONSERVACIONISMO

Dodo

Raphus cucullatus
(Linnaeus, 1758)

Durante una visita a Londres y sus alrededores, además de las rutas turísticas centradas en el Big Ben, el cambio de la guardia o las compras navideñas, cabe la posibilidad de ir tras la pista de un ave que, con el decurso del tiempo, se ha convertido en el estandarte del conservacionismo: el dodo. Para ello debe tomarse el tren en la estación de King's Cross. Pero no para transportarse a Hogwarts desde el andén 9 $\frac{3}{4}$, como Harry Potter y sus amigos, sino para hacer un viaje hasta el Oxford del siglo XIX.

Allí, cerca de los colegios universitarios, se erige el Museo de Historia Natural. En su interior, Lewis Carroll deambula entre tesoros científicos venidos de Oxfordshire y otros rincones del planeta. Su vitrina favorita: la que contiene los restos de esa extraña ave con un pico grande, grueso y curvado en su extremo. El óleo que se exhibe a su vera recrea las formas y colores chillones del dodo de Oxford. Se le ve rechoncho, exótico, de andares torpes y expresión bonachona. Sin duda, un buen personaje, junto al gato de Cheshire, para su próxima obra literaria: *Alicia en el País de las Maravillas*.

El periplo continúa en el siglo XXI. El tren avanza para adentrarse en uno de los documentales conducidos por *sir* David Attenborough: *Natural History Museum Alive*. El naturalista se ha escondido en el emblemático museo londinense

tras la hora del cierre. Va a pasar la velada con Dippy, el dinosaurio del vestíbulo, un megaterio y otros animales que esa noche cobran vida. Así, le vemos sentado en un banco mientras observa a unas aves que se acercan... ¡son dodos! Los fríos huesos de la colección se han convertido en seres de carne y hueso. Entonces, con su tono jovial, explica que son más ágiles y estilizados de lo que creíamos, y menos coloreados. Pero ¿por qué estas dudas sobre un animal tan conocido? Porque se extinguió sin que antes pudiéramos estudiar su biología.

Fue un esclavo cimarrón, en 1674, el último humano que observó a un dodo vivo. Nos situamos en la isla Mauricio, océano Índico. Este espécimen, incapaz de volar debido a sus alas atrofiadas, no tenía depredadores naturales. Pero con la colonización de Mauricio llegó también el fin del dodo. Supuso una presa fácil para marinos y colonos en pos de carne fresca y, a finales del XVIII, la especie se extinguió. Por este motivo, el dodo es uno de los grandes símbolos que explican cómo la humanidad, ya desde el Neolítico, tras alterar el medio natural, ha provocado la desaparición de muchos seres vivos que jamás podremos visualizar si no es a través de sus fósiles... o del tren del imaginario.







Megaterio

Megatherium americanum
(Cuvier, 1796)

NADIE ANTES HABÍA CONTEMPLADO ALGO
PARECIDO. CABE IMAGINAR AL TAXIDERMISTA
DE LA CORTE, METIDO A PALEONTÓLOGO,
INTENTANDO ENCAJAR LAS PIEZAS

El encuentro con la «gran bestia» fue en el Museo Nacional de Ciencias Naturales de Madrid. Allí vimos, por primera vez, al megaterio; una criatura fósil cuyo esqueleto fue descubierto en la provincia de Buenos Aires.

1787. El azar expuso a la luz una serie de huesos que algunos atribuyeron a humanos gigantes. Podrían haber acabado destruidos o en el ostracismo, pero las autoridades encargaron al fraile Manuel de Torres que exhumara los restos. Aquello era una rareza científica, una de las curiosidades que tanto gustaban a los anticuarios y coleccionistas de la Ilustración. «El gran monstruo del río Luján», sin duda, era un regalo perfecto para Carlos III y, embalado en siete fardos, viajó hasta el Real Gabinete de Ciencias Naturales de Madrid. Solo faltaba armar el rompecabezas.

Nadie antes había contemplado algo parecido. Cabe imaginar al taxidermista de la corte, metido a paleontólogo, intentando encajar las piezas; y al monarca observando la escena con impaciencia. «¡Un león colosal!», gritaban tras sopesar las curvas y afiladas garras; mientras que al día siguiente, analizada la dentición, se decantaban por un extraño elefante. ¿Carnívoro o herbívoro? ¿Felino o paquidermo? Todavía faltaban unos años para que el anatomista George Cuvier —vía epistolar y sin abandonar París— bautizase al «monstruoso

esqueleto» como *Megatherium americanum*, por lo que Carlos III decidió escribir al virrey del Río de la Plata para esclarecer el misterio:

«Procure por cuantos medios sean posibles averiguar si en el partido de Luján o en otro de los de ese virreinato, se puede conseguir algún animal vivo, aunque sea pequeño, de la especie de dicho esqueleto, remitiéndolo vivo, si pudiese ser».

¿Dieron con él? Vivo, no. Durante nuestras expediciones por Argentina, y al igual que Darwin en 1832 cuando visitó Punta Alta, solo encontramos los fósiles del megaterio; un perezoso gigante que alcanzó hasta los cinco metros de altura. Hoy sabemos que se extinguió hace unos 10.000 u 8.000 años. Pero, mientras exploramos la Amazonia, las poblaciones indígenas hablan de un ser al que llaman mapinguarí o curupira. Lo han visto, e incluso cazado. Un animal de gran tamaño cubierto de espeso pelaje, que emite sonidos audibles en medio del bosque más denso, y desprende un fuerte olor. ¿Megaterios supervivientes? Nadie creía en la existencia del okapi hasta que fue descubierto en la selva africana; consecuentemente, desde *Animales invisibles* seguiremos buscando tanto los fósiles como una hipotética prueba de vida del megaterio. ¿Mito o realidad?





FUE EL PINGÜINO ORIGINAL, LA ÚNICA AVE
LLAMADA ASÍ DURANTE UNA BUENA TEMPORADA:
PEN GWIN (CABEZA BLANCA), EN ALUSIÓN A LAS
DOS MANCHAS BLANCAS QUE PUNTUABAN
SU CABEZA

Geirfugl

Pinguinus impennis
(Linnaeus, 1758)



